

Hecho del siglo por venir espía,
 «¿Qué buscas, dijo, oh invicta fortaleza,
 En la sorda quietud de esta aspereza?
 Ocho siglos ha ya que condenado
 A perpétuo silencio me ha tenido
 En esta horrible gruta el hijo amado
 De Dios, que vio Betlem recién nacido
 ¿Quién de nuevo perturba mi cuidado?
 ¿Quién á tan bajos mundos te ha traído?
 ¿Qué pretendes, qué buscas, qué me pides
 Con tan estrechas é importunas lides?»
 «Bien sabes tú, le respondió Bernardo,
 Oh autor de las edades, rico archivo
 Del mundo y sus historias, el gallardo
 Deseo que me trajó á verte vivo:
 Lo que sabes de mí, lo que al resguardo
 De mi viaje importa, y al motivo
 Que vencerme me hizo, aquesto quiero.
 De tí en lenguaje y cuento verdadero.
 Dijo, y el sabio desabrido viejo,
 De un divino furor arrebatado,
 Con turbado capote y sobrecejo,
 Torciendo el cuerpo al uno y otro lado,
 En ronco son y aliento mal parejo
 El duro pecho abrió al rigor del hado,
 Y con rabiosa basca y desatino
 Dió así á las cosas por venir camino:
 «Quebrante el cielo, oh España, tu grandeza,
 A quien el mundo todo veo rendido,
 Y á mí contra mi orgullo y fortaleza,
 A las presentes ansias compelido:
 Y tú imagen mortal de su braveza,
 Cuyo brazo á este punto me ha traído,
 No esperes ver de mí, sino es forzado,
 Bien ni favor que te prometa el hado.
 Sobrino eres del rey que ahora gobierna
 El reino de Leon y el asturiano,
 El mismo que libraste tú en Miduerna
 De la alevosa espada de un tirano:
 Hijo de hermana suya, y por paterua
 Línea de un sucesor de Vimarano,
 Conde en Saldaña, y porque tú naciste
 Puesto en dura prision y cárcel triste.
 Tu ilustre madre en religion sagrada
 El rigor tiene de tu casto tío,
 De que te dará cuenta mas fundada
 Un noble preso al desbrabar de un río:
 Librarle has de la muerte, y con doblada
 Razon harás por ambos desafío,
 Mas no esperes en tiempos ni ocasiones
 Tus tristes padres libres de prisiones.
 Bien podrá el cielo darte con exceso
 Triunfos contra el francés y el pueblo moro,
 Y al tuyo su valor vencido y preso
 En Duero, Benavente, Orbejo y Toro;
 Y que en Orcejo rindas en á don Bueso,
 Y todo un infiel campo en Valdemoro,
 Y hagas otros lances semejantes
 En moros, paladines y gigantes.
 Y que tan noble sangre con fecundo
 Curso y ricos favores de tu estrella
 Gobierna á España, y lo mejor del mundo,
 Naciendo reyes y monarcas della:
 Que seas en tus empresas sin segundo
 Amor de una honestísima doncella,
 Y sucedan de tí por mas extremos
 Mil príncipes á Castro, Sarria y Lemos.
 Y que el difunto bulto que encontraste
 El sepulcro guardando de su cueva
 En ricas armas tu persona engaste
 De tu invicto valor bastante prueba,
 Que del frágil alcázar que libraste
 De la vil gente que tras sí lo lleva,
 Los presos saques victorioso y grave,
 Y yo te dé para ello puerta y llave.

Que en el furor de Francia, que ya viene
 De Leon á usurpar el reino y tierra,
 El cielo trace, y tu ventura ordene
 Por tuyo solo el triunfo de la guerra:
 Que tu invencible espada y brazo llene
 De franca sangre la Gascona sierra,
 Y que de lo demás que dé esta gloria
 Tu fama trace una inmortal historia.
 Todo ese colmo junto podrá el cielo
 Darte como lo tiene decretado,
 Y hacerte mientras vivas en el suelo
 Invencible, querido y respetado:
 Mas no hará por no trocarse el vuelo
 Al gran decreto del divino hado,
 Que libre goces de prision tu padre,
 Ni halagos tiernos de amorosa madre.
 Dijo, y de un ronco trueno y son quebrada
 La bóveda de vidrio que tenia
 Del hondo mar la máquina cargada,
 Que el contrahecho cielo componia,
 A un tiempo en sordo estruendo despenada
 La voz clara ahogó que antes se oia
 Con el futuro hado entre las gentes,
 Que en las torres vivian transparentes.
 A quien dejó la súbita caída
 Del cielo de cristal, y sus estrellas;
 Sin sentimiento, ya que no sin vida,
 Entre riscos, coral y conchas bellas:
 En tanto que el raudal de la avenida
 Sus gruesas olas derramó, y con ellas
 Bañó otra vez los nácares profundos,
 Y el uno se tragó de los dos mundos.
 Mas ya despues que el espantoso estruendo,
 Que dejó á todos fuera de sentido,
 En su rumor cesó, y el sol volviendo
 La clara luz volvió que habia perdido,
 Libre Bernardo vió que iba saliendo
 De un real jardin á un mirador florido,
 Por una sala que en dorada altura
 Mas nubes vence, y rinde su hermosura.
 Admiróle el bellissimo edificio,
 Todo de lazos de oro artesonado
 Sin que viese antes del sombra ni indicio,
 Ni por dónde ni cómo allí ha llegado:
 Y ya del todo vuelto en su juicio
 De nuevo se espantó viéndose armado
 De unas tan ricas armas, que parece
 Que el dia por sus vislumbres amanece.
 Cuajadas de preciosa pedrería
 Peto, celada, grevas, brazo y mano,
 De oro un leon por cresta, á quien hacia
 Sombra un plumero por el aire ufano;
 Y en el grabado acero descubria
 La obra de los buriles de Vulcano,
 En las nieladas sombras por concetos
 De historias por venir varios secretos.
 En el lumbroso escudo relevada
 La fama vuelta muda de palabra,
 Las alas cortas, y la lengua atada
 Su trompeta quebrada, y ella entera:
 De una confusa niebla rodeada,
 Con esta letra de oro por defuera
 «Tiempo vendrá que estos nublados rompa»
 Nueva ala, nueva lengua y nueva trompa.
 Admirado de tantas novedades,
 Dudoso en atender sus mismas cosas,
 Los ojos vuelve á ver las variedades
 Que el jardin muestra de árboles y rosas;
 Cuando venir á él vió dos beldades,
 Mas que el lucero y la mañana hermosas
 Que en trato afable y noble cumplimiento,
 Grato le dan y dulce acogimiento:
 Y el gallardo mancebo cortesano,
 Con igual compostura y reverencia,
 «El cielo, dijo, haga de su mano

Próspero agüero tan gentil presencia;
 Y sepa, diosas, yo, si el seso humano
 Al punto alcanza de tan alta ciencia,
 ¿Qué deidad rige, qué saber profundo
 En torno trae este encantado mundo?
 ¿Qué magestad encierra este palacio
 En la de sus soberbios edificios,
 A cuyo cargo está en tan breve espacio
 Tanta máquina y suma de artificios?
 Dijo, y la rubia Arbelia, que un topacio
 En lustre, resplandor, viso y bullicios
 Es su cabeza, y ella un cielo en todo,
 Así respuesta dió al valiente godo:
 «Prueba al invicto ardor de tu persona
 Las maravillas son de nuestra tierra,
 Y sus vencidos monstruos la corona
 Del inmortal valor que en tí se encierra:
 La fama, quien aprecia y galardona
 Los justos riesgos de la paz y guerra,
 Y ese tu brazo al fin, quien solo pudo
 De esas armas vestirse y dese escudo.
 La diestra lima del autor del fuego,
 Cual ves las hizo para el fuerte Aquiles,
 Y dél las heredó un astuto griego
 Por viva lengua y pláticas sutiles:
 Perdiólas Telamon, y el que hizo ciego
 A Polifemo entre otras cosas viles,
 Al mar las arrojó, como el prudente
 Que el oro arrojó por salvar la gente.
 Llegaron al sepulcro sobre aguadas,
 Que por ellas se abrió, y el jónio altivo
 Quizá las estimó por mas guardadas
 En Ajax muerto, que en Ulises vivo:
 Allí las tuvo hasta hoy depositadas,
 La horrible sombra de su bulto esquivo,
 Para que tú heredases sus perfiles,
 Y ellas en tu valor un nuevo Aquiles.
 Hoy se cumplió el decreto de los hados,
 Y á darle el lleno á este lugar veniste,
 Donde por senda y pasos nunca usados
 Ya con victoria y con tu honor saliste:
 Estos bellos alcázares dorados,
 Y este jardin que un mayo eterno viste,
 Son de la hada Alcina, en cuya mano
 Todo el deleite está del gusto humano.
 Ella en mi lengua este secreto ha puesto,
 Y á que de mí lo sepas me ha enviado,
 Rogándote que bajas á su honesto
 Jardin, á ser de nuevo acariaciado
 De los que libertaste del compuesto
 Castillo de sutil cristal labrado,
 Y de Orimandro, á quien tambien Alcina
 Ya á sus males ha dado medicina.
 Gundemaro, y su esposa, que perdida
 Tantos dias lloró, viven contentos,
 Donde lo estarán mas con tu venida,
 Por colmo á sus alegres pensamientos:
 Dijo, y del gran leonés obedecida,
 A ver fué los floridos aposentos.
 Al tiempo que en los campos de Toledo
 Batalla hacia la rabia, la ira y miedo.
 Medrosa Arleta, bravo Ferraguta,
 Feroz Rangorio, triste Galiana,
 Por donde el Tajo al mar lleva el tributo,
 Y abre una vega de álamos lozana
 Llenos dejó los ánimos de luto,
 Rangorio en verlos muertos, la lozana
 Infanta en verle á él, Arleta al moro
 Y él el caballo y su mochila de oro.
 Y en esta suspension, la que primero
 Del silencio la voz sacó palabra,
 De aleviso acusando al caballero,
 Fue la atrevida y lóbrega hechicera
 Que briosa y temblando ante el severo
 Semblante y hermosura verdadera

De la gallarda infanta de Toledo,
 Así le dijo entre esperanza y miedo
 «Soberbia magestad, cuya belleza
 Aun la envidia á negarla no se atreve,
 Pues casi iguala con la igual grandeza,
 Que ya un tiempo gocé ligero y breve:
 Si á las que en hermosura y gentileza
 Hermanas tuyas somos se nos debe
 Favor, válgame ahora en tal presencia,
 Ya que no mi justicia, tu clemencia.
 Bien sabes, reina hermosa, que fue mio
 Brabonel, y yo un tiempo su cuidado,
 Y que mas tu favor que mi desvío
 Sin culpa de los dos me le ha quitado:
 No quiero entrar contigo en desafío,
 En si ó no me lo tienes usurpado,
 Mas porque seas de veras su señora,
 Tuyo es, yo te lo doy, gózalo ahora.
 Con tal que deste falso caballero
 La afrenta quede de mi honor vengada,
 Y á una promesa cumplimiento entero
 A cuenta dé de mi beldad gozada.
 De darne un preso, ó ser mi prisionero
 El alma prometió en mí se abrasada,
 Mas un nuevo placer siempre se estraga
 Y en inconstantes gustos empalaga.
 Cúmpleme, pues conviene, el juramento
 ; Oh falso! ó darte he al mundo por perjuro
 ; Que no es bastante escusa que á tu intento
 El gusto te saliese aguado ó puro:
 ; ¿A quién sucede todo á su contento?
 ; ¿Qué bien tiene la tierra tan seguro,
 Que en invariable estado permanezca,
 Y cual luna mortal no mengue ó crezca?
 El mundo es un teatro en que fortuna
 Sus varios entremeses representa
 De inconstantes figuras, y ninguna
 Sale que con la suya esté contenta:
 Desde las tiernas fajas de la cuna,
 Al estrecho ataud, todo es tormenta,
 Ya sopla un aire, ya vuelve otro viento
 Los pasados placeres en tormento.
 Bien fuera que á los varios personajes
 Que á su tragicomedia el tiempo envía
 Tu solo antojo diera el rostro y traje
 Con que el teatro alegran cada día:
 ; Tu gusto por ventura en sus ropajes
 Hallar sin mezcla quiere la alegría?
 ; O yo sola en el mundo soy la fea?
 ; Yo sola soy? ¿no hay otra que lo sea?
 Muchas Arletas hay, corre la vanda
 Y verás las á oscuras, si se apaga
 El nacar y la púrpura que emienda
 La nueva tez que la vejez se traga:
 Muere su luz, renace la contienda
 Del vario tiempo que les pecha, y paga
 Plata por oro, lirios por corales,
 Y ébano por las perlas y cristales.
 ; Cuántas al vuelo del sutil copete
 Te mostrarian las blancas sienes calvas!
 ; Cuántas sin el barniz que se entremete,
 Ni tan rubias serian, ni tan albas!
 ; Cuántas la luz fingida de un sánete
 De infinitos defectos hace salvas!
 Y ; cuántas bajarían de su cielo,
 Si el corcho les faltase, á ser del suelo!
 Alguna dió tu antojo por perfeta,
 Que ha menester tambien vela encantada,
 No es en esta desgracia sola Arleta
 Dime una tú á quien no le falte nada:
 La beldad ni está aquí ni allí sujeta
 Mas solo al gusto de quien es gozada,
 Y él no es mas que un engaño que le vende
 Por gloria á cada cual lo que pretende.
 Este gusta de hacer un avariento

Tan á su estrecho estómago medido,
 Que si ya atesorar pudiese el viento,
 Tendría el respirar por prohibido:
 Otro en pródigos gastos tan sin tiento
 Hasta el amigo deja destruido,
 Uno se finge hipócrita ajustado,
 Y otro saca por gala el desenfado.
 Quién en sus graves causas se congoja,
 Y las vanas agenas solicita,
 Quién se mete en cintura, quién se aloja,
 Quién se pone las cejas, quién las quita:
 Quién con loco furor, si se le antoja,
 Vivos en tierra, y muertos resucita,
 Quién los humos murmura de otra casa,
 No viendo el fuego que la suya abrasa.
 Uno compra los dientes en la tienda,
 Al otro se los quitan por perjurio,
 Uno se vuelve lince, otro se venda
 Por no ver á lo claro ni á lo obscuro:
 Cada uno tras su antojo, y por su senda,
 Sueña que va el camino mas seguro,
 Y sin ver cual debria sus dislates,
 Murmura los ajenos disparates.
 Yo hermosa nací, y en ser hermosa,
 Y tenerme por tal, á nadie ofendo,
 Cual soy me viste, no soy otra cosa:
 Esto es lo que hay en mí, y esto te vendo,
 Al gusto que en tí ardía fui sabrosa,
 Si al tiempo se apagó que estaba ardiendo,
 Ni yo eché el agua, ni es razon se ordene,
 Que otro por lo que tú pecaste pene.
 Y tú tambien, ó singular princesa,
 Justicia es que me ampires deste ingrato,
 Y que me cumpla mandes la promesa,
 Y torne de su amor al primer trato:
 O mientras no saliere con la empresa,
 De darme á Brabonel, guarde el contrato
 De estar conmigo, como en fe segura
 Al gozar prometió mi hermosura.
 Que yo haré cuanto en mi mano fuere
 Por no dar á su amor competidores,
 Que es al amante que de veras quiere:
 El bien de mayor gusto en los amores:
 Ni zelos sentirá, sino los diere,
 Ni de altivo desden los disfavores,
 Que las nuevas beldades traen consigo,
 Sin reserva de amigo ni enemigo.
 Así á la toledana hermosa
 Justicia la arrogante maga pide,
 Y del moro feroz la fe perjura
 En culpa agrava, y con razones mide;
 Cuya demanda, y lóbrega figura,
 La justa risa con espanto impide,
 Y Ferragut corrido, y de ira ciego,
 Bramando lanza por los ojos fuego.
 Y vuelto al arrogante caballero,
 Que en forma de sangriento desafío
 De Arleta hace la parte altivo y fiero,
 Así le dijo: «ese caballo mio,
 Que traes, ladrón, hurtado, cobrar quiero
 De tí, y quitado ya el caballo y brio,
 No por tu persuacion, mas por mi gusto,
 Daré á la maga el don que pide injusto.
 Digo que le daré derecho en todo
 De Brabonel, sin que haya quien lo impida,
 Aunque el francés orgullo, y valor goda,
 Con la espada le ayuden mas temida:
 Arrestóse el jayan en este modo,
 Porque parecía la ocasion nacida
 De cólera, y no zelos, y ambos juntos
 A una cerraron sin mirar mas puntos.
 Arrojaron de golpe los caballos
 A ejecutar las barbaras heridas,
 Cuyos limpios aceros al tentallas,
 Sonoras dieron y altas estampidas:

Y los furiosos brios en proballos
 Quitar pudieran otras tantas vidas,
 A no hallar en el fino temple escusa
 Del acero y los hados de Lanfusa.
 Llevó el cristiano al moro medio escudo
 De un revés, y él salió en un brazo herido
 De una punta que halló su filo agudo
 Puerta en un brazalete desmentido:
 Cuando el caballo á Ferragut no pudo
 El tescn sustentar que habia tenido,
 Siéndole fuerza del saltar á tierra,
 Y á pié acabar la comenzada guerra.
 Siguiólo en el intento el paladino,
 Que no quiso gozar de esa ventaja,
 La infanta viendo el caso repentino,
 Y á los dos dentro en su mortal baraja,
 Por lo oculto del bosque convecino
 A la imperial ciudad medrosa ataja
 Con su bello escudron, que en cada hoja
 Algun nuevo enemigo se le antoja.
 Así blanca paloma, que ya presa
 En las de un gavilan sin culpa ha sido,
 Si acaso de las aves la princesa
 Contra él se arroja del caliente nido,
 Medrosa suelta la encogida presa
 Al forzoso combate constreñido,
 Y ella á esconderse temerosa huye,
 Mientras el uno al otro se destruye.
 Solo Arleta quedó de ojos impuros
 A ser de la cruel guerra infiel testigo,
 Que hecha á ver muertos, y á rezar conjuros,
 De ver despedazar gusta á su amigo,
 Y los dos brazos con redobles duros
 Para hacerle en sí mismos el castigo,
 De mil modos se hieren, y en mil modos,
 Para una muerte los intentan todos.
 Diestro Rangorio al reparar la herida
 De un presto revolver de Ferragut,
 Tras una limpia punta no abatida
 Con tal fuerza se entró el francés astuto,
 Que seis pasos fue el moro de vencida,
 Midiendo el campo no de sangre enjuto,
 Y otra le hizo en los sangrientos llanos,
 Donde tenia los piés, poner las manos.
 Mas no tan presto súbite pelota
 En blancas losas salta rebatida,
 Cuando el gallardo jugador la bota,
 Y por las nubes nos la da escondida,
 Como él saltó con la paciencia rota,
 De ver su espada y furia resistida,
 De un solo brazo, y que le tenga puesto
 El nombre en condición, y en riesgo el resto.
 Y así ya con mas tiento en su batalla
 Alerto al firme herir de su adversario,
 Y al deseo de vengarse, y acaballa,
 Feroces golpes dá impaciente y vario:
 Acertóle uno en la dorada talla
 Del firme peto, que un vaiven contrario
 Le hizo dar, y pensar le hubiese hecho
 Dos partes el arnés, y cuatro el pecho.
 Mas paró el riesgo en que una estrecha puerta
 Por el fornido acero abrió al costado,
 Que el lazo de la malla descubierta
 De un fino rosicler dió arreholado:
 Y no fue sangre sola, y color muerta,
 La que salió del pecho desarmado,
 Que un furor corrió á vueltas, que un entero
 Muro rompiera de templado acero.
 Mas la atencion del presto sarracino,
 Que la furia venir vió desmandada
 Del herido aleman, y el desatino
 De los ardientes rayos de su espada,
 Con él cerró, y saliéndole al camino,
 Su destreza y su cólera igualada,
 Bien pensó hacerle á su sabor pedazos

En duros nudos de sus firmes brazos.
 No ejecutó el cristiano la herida
 Por falta de lugar; mas pecho á pecho
 La lid sangrienta á lucha reducida,
 Al moro puso en peligroso estrecho:
 Y una furia con otra rebatida,
 Vaivenes fueron dando largo trecho,
 En un duro teson y ardiente saña,
 Ya las fuerzas probando, ya la maña.
 Y viendo que es cansarse en la porfia
 Su ciega lucha, y anhelar profundo,
 Bravos dejan, y en nueva gallardía
 El asalto primero hacen segundo:
 Ya las dos partes, de las tres del dia,
 Que con golpes el moro asombró el mundo,
 Pasado habian, y desta lid postrera
 Corria sobre dos horas la tercera.
 Cuando el arnés y el gusto destrocado
 Al herido y soberbio paladino
 Un golpe le alcanzó al yelmo grabado
 De redoblado acero y temple fino:
 Y cual si fuera tierno vidrio helado,
 Por tres partes quebrado al suelo vino,
 Y el francés sin sentido y sin memoria,
 Dejando á España el cuerpo y la victoria.
 Creyó el moro feroz que estaba muerto,
 Y quiso quitar solo el escudo,
 Cuando del rayo del honor despierto
 Volverse á su primera opinion pudo:
 Y en desigual combate ya cubierto
 De sangre el rostro, y en el alma un nudo
 En verse en tal extremo, y al pagano
 Sin herida ó rasguño de su mano;
 Un golpe tal le dió por la cabeza,
 Que con sol le mostró estrellado el cielo,
 Y segundándole otro su braveza,
 En riesgo estuvo de venir al suelo:
 Cuando en desordenada fortaleza,
 Bravo cerró con él, y á todo vuelo,
 El uno con el otro marañado,
 Ambos vinieron al sangriento prado.
 Así tal vez en la Marsilia arena
 Dos libias sierpes vomitando llamas,
 Entre el horrible aliento que resuena
 Del negro pecho y ásperas escamas,
 En espantosos nudos dejan llena
 De veneno la tierra, y si las ramas
 Su efecto no hacen de la oculta ruda,
 Una con otra en roscas mil se anuda.
 En igual brega y nudo semejante
 La verde yerba trillan los guerreros,
 Probando el paladin en el gigante
 De una afilada daga los aceros:
 Mas viendo que ella es cera, y el diamante,
 De su muerte vió claros los agujeros,
 Y el moro en el herir del brazo frio,
 Irle faltando á su contrario el brio.
 Quitóle de la mano el limpio acero,
 Que ya con fuerzas débiles regia,
 Y por entre el brazal de un golpe fiero
 A dar al débil corazon le envia:
 Donde dos veces ya lo escondió entero,
 Y á los ojos con él la luz del dia,
 Vengando sus alevés desatinos,
 Y al padre de Teobaldo, y Montesinos.
 Estendióse el mortal cuerpo difunto,
 El moro limpia su sangrienta espada,
 Y para proseguir se pone á punto
 De su dama la empresa comenzada:
 Tomó el escudo al muerto, y viendo junto
 De sí la sin lealtad maga turbada,
 Que el caballo infeliz de la contienda
 Manso le ofrece, y se le trae de rienda;
 En él subió de un salto, y ella en otro
 De los que andaban sueltos por el prado,

Topando acaso un mal domado potro
 De sobrepaso y freno desbocado:
 Y por la posta el uno tras del otro
 Del bosque entraron por lo mas cerrado,
 Siguiendo entre una planta y otra planta,
 El fusco rastro de la bella infanta.
 Las cinco partes de las seis del cielo
 Ya el sol pasado el horizonte habia,
 Y el primer orbe con su raudó vuelo
 Al otro mundo trastornaba el dia:
 Cuando al doblar de un monte el fértil suelo,
 Que el rico Tajo de alelis vestia,
 En cuidadoso paso diligente
 Venir un escudron vieron de gente.
 En son de guerra y militar concierto,
 Y en órden puesto el real pendon, seguia
 Por capitán un árabe, que alerta
 Al ver de Ferragut la gallardía,
 Y el blasón del escudo descubierto,
 El mismo que antes el francés traía,
 Cómplice en la traicion ya le pregona
 Del vencido tirano de Pamplona,
 Con él se afronta, y de una gruesa entena,
 Que por lanza traía, el hierro agudo,
 En el templado y firme acero suena
 Del sospechoso y redoblado escudo:
 Y el alma del jayan de rabias llena
 La ardiente espada saca, y donde pudo
 Un golpe le alcanzó, que á ser de lleno,
 Hecho dos le enviara al blando heno.
 Habia con sus cien lenguas por Toledo
 Ya publicado la parlera fama
 Del traidor rey el cauteloso enredo,
 Y el robo injusto de la bella dama:
 Y el ofendido padre con denuedo
 A la venganza que su honor le llama
 Salido habia tambien, acompañado
 De la mayor potencia de su estado.
 Y en diversas escuadras repartidos,
 Unos siguen el rastro, otros los pasos
 De la floresta atajan prevenidos
 De armas y esfuerzo á semejantes casos:
 Destos eran doscientos escogidos
 A cuenta de Anfrangol, los que en los rasos
 Campos del Tajo por aquel camino
 Encontró á su pesar el sarracino.
 Que engañado en la insignia del escudo
 El brioso capitán quiso lozano
 De su fornida lanza el hierro agudo
 Probar en los aceros del pagano:
 Que en verse así tratar de un hombre mudo,
 La roja espada en su arrogante mano
 Tal relámpago dió, y golpe tan fiero,
 Que hiciera, á encarnar bien, dos del primero.
 Mas volvió el toledano así furioso
 Con la suya en la mano, que al guerrero
 Antes que de otro golpe poligroso
 El temple afrente de su limpio acero,
 Sobre el grabado arnés un tajo airoso
 Con tanto brio le alcanzó, que entero
 El brazal rebanó, y lo mismo hiciera
 Al brazo, si de acero el brazo fuera.
 Mas ya enfadoso el de Aragon, rompiendo
 Del reportado sufrimiento el punto,
 Así el lumbroso alfanje revolviendo,
 Que al aire es de un sutil rayo el trasunto,
 Sobre el moro bajó con tal estruendo,
 Que escudo, brazo, y yelmo todo junto
 Hizo pedazos, y partió derecho
 Cabeza, barba, cuello, hombros, y pecho.
 Resonó al golpe con acento horrible
 El bosque opaco, y la ribera de oro,
 Pareciendo á los ojos imposible
 De humano brazo así partido un moro:
 Y en la asombrada escuadra, que el terrible



Triste suceso vió en grito sonoro
 Contra la espada cruel para venganza
 De su muerto Anfrangol no quedó lanza.
 No dió gusto la furia sarracina.
 Esta vez al jayan, aunque desea,
 Mas que el dulce vivir, guerra continua,
 En que su espada hacer grandezas vea;
 Porque ha dos dias que sin comer camina,
 Y dellos uno entero que pelea,
 Y aunque encantado, y de ánimo brioso,
 Es hombre al fin, y ha menester reposo.
 Mas viendo el cruel intento de venganza
 Que trae sobre él la furia de Toledo,
 Como entre flores de un jardin se lanza
 A resistir su trápala y denuedo;
 Con tales golpes, que á quien uno alcanza,
 Ni ha menester segundo, ni yo puedo.
 Contarlos todos, ni decir los ciertos,
 Ni aun la suma hacer de tantos muertos.
 Quitó á Zelinel brazo del escudo,
 Y á Focion, que en constancia nunca oida
 Ni reír ni llorar supo, envió señudo
 A mudar condicion en la otra vida:
 Al astrólogo Arbidos, que no pudo

Levantarle figura á esta salida
 Por la priesa del caso repentino,
 De un golpe dejó hecho un tercer sino.
 Mató á Gelon, á Rufó, y á Tidoro,
 Este noble, y los otros dos tratantes,
 Y á los dos, padre é hijo, Elin y Eloro,
 Nacidos en los duros Garamantes;
 El gallardo mancebo Casiodoro,
 Que de su nueva esposa aquel dia antes
 Gozó el gusto primero, al otro mundo
 Desde allí le envió sin el segundo.
 Y cual si algun penasco firme fuera
 Inespugnable está á sus adversarios,
 Roto el arnés, y la braveza entera
 Al dar y recibir golpes contrarios:
 Un nuevo rayo de la quinta esfera
 Es de su espada en los efectos varios,
 Pues ni del campo pierde ni del brio,
 Hecho el contrario ya de sangre un rio.
 Martorio era un plebevo ciudadano,
 Que de humildes principios pretendia
 Por sus logros hacerse mas temprano
 Contrahecho señor, que convenia:
 Habia comprado al pueblo toledano

El oficio de alferéz, y aquel dia,
 Tomando posesion de su contento,
 El imperial pendon volaba al viento.
 Iba en el medio de la escuadra amiga,
 Haciendo de sí y del pomposa rueda,
 Ocasionando su ambicion que diga
 Cada uno de ambas cosas cuanto pueda:
 Y mirando la cólera enemiga
 Del brazo altivo que pasar les veda,
 Asombrado de guerra tan de veras,
 Buscaba de huir nuevas maneras.
 Al corpulento vientre en que estribaba
 La real bandera, y por se hacer visible
 En lo abultado y grueso reventaba,
 Con furor asestó la espada horrible:
 Volvió espantado de su vista brava,
 Y por huir del golpe si es posible,
 En un pantano trabucó, cayendo
 La hidrópica fantasma y bulto horrendo.
 Ferragut que á hacer golpe espantoso
 Iba en todo aquel monstruo corpulento,

Sin poder mas el animal brioso
 Sobre él cayó y allí sobre ellos ciento:
 Al morisco ahogó el charco lodoso,
 Y el de Aragon, aunque de invicto aliento,
 Cargando en el del campo todo el peso,
 Quedó por culpa del caballo preso.
 Al tiempo que el infante de Toledo,
 En favor de su padre y de su hermana,
 Con noble escuadra, y con gentil denuedo
 Por la selva llegaba comarcana
 Al revuelto escuadron lleno de miedo,
 En la ocasion al parecer liviana
 De un solo caballero, que ha podido
 Dejarlo roto ya, que no vencido.
 Era el príncipe ilustre toledano,
 De noble inclinacion, y ánimo justo,
 Cortés, prudente, sabio, afable, humano,
 De real presencia, y apacible gusto:
 A quien su padre infiel por fiel cristiano
 La vida le quitó en decreto injusto,
 Trocando mártir ya el infante tierno



El reino temporal por el eterno.
 Enamoróse de la ley cristiana,
 Por la dulce armonia y dependencia
 Que della tiene la razon humana
 En discreta y política prudencia:

Trocando por diadema soberana
 Reino mortal, y dándole en herencia
 Honra á Toledo, ejemplos á Zamora,
 Y á Ledesma el sepulcro en que hoy le adora.
 Este llegando á ver el imprudente

Alboroto del campo mal regido,
Que por prender un capitán valiente
De veinte estaba sin concierto asido:
Y que ni el golpe y peso de la gente
Preso le da, ni su valor rendido,
Teniendo á golpes su escuadrón deshecho,
El valor conoció al heroico pecho.

Y juzgando que un brazo valeroso
Sin causa hacer no sabe demasia,
Apartar manda el vulgo bullicioso,
Que aun preso el moro su furor temia;
Y en grave rostro y término amoroso,
El bullicio aplacando que crecía,
Libre le pide en fe de caballero
En sus manos se dé por prisionero.

Que el vida y honra le hará segura,
Tanto como su espada y su braveza,
Y así en ley de quien es lo afirma y jura,
Con que templó el gigante su fiereza:
Llegando á conocer quien se asegura
Por la noticia y voz de su nobleza,
Que de un heroico príncipe la fama
Por nobles y plebeyos se derrama.

Súpose luego el peligroso engaño
Conque el moro español fue acometido
Por Anfrangol, que abrió la puerta al daño,
Que todos por su culpa han recibido:
Y aunque la herida del mandoble extraño,
Que al agresor partió le ha enternecido,
La razón misma le hace que atribuya
Por justo el daño, pues la culpa es suya.

Ya en esto algunos que al furor sangriento
De la traición pasada habían sobrado,
Y la sembrada fama por el viento
De lengua en lengua han hasta allí llegado,
Celebrando al autor del vencimiento,
De todos conocido y admirado,
Por aquel espantoso brazo fiero,
Que por contrario le tenían primero.

Uno la muerte dada por su mano
Al brutal Arganzon relata y cuenta,
Otro el golpe feliz que al rey pagano
El orgullo quitó, y sanó la afrenta:
Este de Arleta pinta el bulto enano,
Y de Rangorio aquella lid sangrienta,
Y juntos todos el común provecho
Del golpe heroico por su espada hecho.

Y como en libertad la infanta puesta,
Y el enemigo campo destrozado,
Libre y salva tomó por la floresta
El camino mas breve, y mas guardado:
Con que trocada ya la guerra en fiesta,
Porque en el horizonte arrebolado
Con el postrero resplandor queria
Dar á la noche su lugar el día;

Alojándose el resto de la gente
Por la vecina selva, el noble infante,
Con guarda y compañía suficiente,
Y el moro aragonés, fueron delante,
Al castillo del paso de una puente,
A pasar de la noche lo restante,
Y tomar por allí camino breve,
Que otro día á Toledo en paz los lleve.

Tratando de las bárbaras ficciones
Conque el navarro rey trató el engaño,
Y las nunca pensadas ocasiones,
Que suyo hicieron el ajeno daño:
En gusto iban hablando los varones,
Cuando el bosque sonó en rumor extraño
De armas templadas, que á sus golpes fieros
De los arneses gimen los aceros.

Entraron con recato apercebidos,
Por saber cuya fuese la batalla,
Que entre los pardos árboles metidos,
Tras cada mata piensan encontralla:

Suenan las armas crecen los ruidos,
Y nadie lo que todos oyen halla,
Cerrándose la noche mas obscura
Con el sombrío horror de la espesura.

Un largo trecho por el valle umbroso
Entre ciega espesura van errando,
Creciendo del ruido belicoso
La grita aquí y allí de cuando en cuando:
Ferraguto con pecho mas brioso,
O con mayor desgracia, esprimentando
La del brioso caballo en que venia,
El camino perdió, y la compañía.

Y engañado del son en que resuena
Del ciego bosque el monte comarcano,
De una alta cumbre de asperezas llena
Un fuego descubrió en el verde llano:
Volvió allá el freno, y por la selva amena,
Siempre el confuso ruido mas cercano,
Al fuego caminó, que parecia
Que tambien como el sol se le escondia.

ALEGORIA.

En los sucesos de Florinda y su esposo, se muestra el cuidado que Dios tiene de los inocentes, y como ninguna desgracia llega á quien él de su mano quiere guardar, que es la verdadera ventura con que todas las cosas se aciertan.

Angélica en las uñas del dragon, y arrojarse Bernardo á quitarla dellas, significa el imperio humano, y como el hombre animoso y varonil, llevado de la hermosura del premio, se arroja á las dificultades, de donde, como Bernardo, sale victorioso y triunfante, dejando fama eterna de si en el mundo, que es lo que significa el jayán vuelto en estatua de bronce, y una fama volando por el aire, y los resplandecientes rastros que la virtud deja de si, á quien las envidias y emulaciones antes hermosean que dañan: como se ve en el encantamiento del jayán de alambre, y sus abispos. En el del medio fingido se ve, que la verdadera fortaleza vuelve en viento los temores humanos, que parecen algo, y son nada.

Los alcázaros de vidrio en el suelo de la mar, significan, que el calor y la humedad son los autores de la hermosura, y de la juventud, y cuan frágiles defensas son las suyas hechas de rosas contra los golpes del tiempo figurado en Proteo, que en sus mudanzas nos descubre su inquietud, y que en ninguna figura permanece y al que no le pierde, descubre secretos dignos de grande consideracion.

En Arleta, que acusa á Ferraguto ante Galiana con nombre de fementido y aleve, se avisa que ninguno se atreva á hacer cosa fea en confianza que no se sabrá, porque cuando menos se recela se hallará con la vergüenza en el rostro, y su delito descubierta, y á vista de los ojos que mas lo pensó encubrir.

LIBRO DECIMO-OCTAVO.

ARGUMENTO. Ferragut perdido por unas selvas halla un castillo donde le sucedió un sabroso encantamiento: quiere despenar el caballo Clarion, y él le deja, y llega á pie á una fortaleza, donde da muerte al jayán bramante, y libra á Doralice, y al rey su padre, y á Galirios, los cuales hacen compañía á la infanta hasta Granada. Y Galirios por entretenimiento del camino cuenta la artificiosa fabula del origen del deleite.

Ya en el rigor de un delicado gusto,
A un temeroso escrúpulo aplicado,
Se ha puesto en opinion, si es caso justo
El de un moro llevar tan dilatado:
Y celebrando su ánimo robusto
Pasar por otros golpes, olvidado
De no menor asombro y gallardía,
Que honrar pudieran la esperanza mia.

De un Roldán, de un Astolfo, de un Gayferos
Graves sucesos, casos peregrinos,

Y del feroz Reynáldos, y Oliveros,
Famosos hechos de silencio indinos:
Encantamientos varios, golpes fieros
De bravos héroes, y altos sarracinos,
Que por su fama fueron de aquel mundo
Dignos de mas lugar, que del segundo.

Mas no basto yo á todo, ni es mi intento
Los hechos celebrar de gente extraña,
Sino es en cuanto heroico fundamento
A esta victoria y célebre hazaña:
Que por principio y fin de mi alto cuento
El valor muestra de la invicta España,
Y le ha de hacer de un golpe en esta guerra
Suya toda la fama de la tierra.

Que ¿quién hay que teniendo hombres famosos
En su nacion, celebre los ajenos?
Y ¿tratando de hechos valerosos
Los mas olvide por contar los menos?
O ¿cuál clima dió al mundo mas briosos
Pechos de mas fervor y alteza llenos,
Que nuestra España da en parto fecundo
Fin y principio del valor del mundo?

¿Qué cisne alcanza tan gallarda pluma,
Canto tan numeroso, y voz tan grave,
Que hacer pueda á sus hazañas suma,
Y este mi intento comenzado acabe?
¿Quién hay que á su valor llegar presume?
¿Sus invencibles héroes quién los sabe?
O ¿quién no sabe la escelencia suya,
Sin que yo la encarezca, ó disminuya?

¿Qué ingenio hay tan estéril que no tenga
Entrada en ella á una famosa historia,
O ya á contar sus nobles hechos venga,
O á hacer de sus ejércitos memoria?
¿O bien con sus riquezas se entretenga,
O su alta magestad haga notoria,
Con que parece que la puso el cielo
Por cabeza de Europa, y fin del suelo?

Todo en ella es prodigios de un perfecto
Y singular valor que la acompaña,
¿Quién pues teniendo aquí tan gran sugeto
A mendigarle irá de gente extraña?
Yo en esto, oh patria amada, el dulce afeto
Mostrar pretendo en que el amor me engaña,
Y hace creer que puedo en lo que intento
Hijo tuyo hacer mi pensamiento.

Ni suene aquí el ingrato que procura
A su patria usurpar lo que le debe,
Y con torpe ignorancia y lengua obscura
Contraria espada á celebrar se atreve:
Yo vuelvo á Ferragut, pues su ventura
Hoy le hizo español, y que yo lleve
La presuncion de serlo en la memoria,
Para anudar con gusto el de su historia.

Buscando el llano va por la espesura
Al ronco son de espadas, que resuena
Por la alta sierra, á quien la noche obscura
De riscos finge y de malezas llena:
Y al claro fuego en senda mal segura
Al pié fue á dar de la floresta amena,
Que entre sus verdes árboles y flores
Majada era de un hato de pastores.

Aquí de hambre y sueño fatigado
Bastante cena halló, y humilde cama,
Que en la florida yerba recostado
Fue el cielo cobertor, pluma la grama,
Donde en silencio se quedó olvidado,
Hasta que del zenit la ardiente llama
Al mundo el sol llovió de ardor vestida,
Que en sueño le rompió, y le ató la vida.

El toledano príncipe, y su gente,
Sin otro riesgo mas, ni mayor daño,
Cada cual por camino diferente
Se dividieron con un mismo engaño:
Después diré la causa, que al presente,

Despierto el moro, busca el potro extraño,
Que en regates paciendo por la selva
Le hace que á desandar lo andado vuelva.

Llévóle por cogello entretenido
De rama en rama por el bosque ameno
A una estrecha quebrada, en que metido
Ponerse consintió el dorado freno:
Saltó en la silla el moro, y divertido,
Ni en azares repara ni ve lleno
De desgracias el potro, cuya estrella
Agüera cuanto halla, y cuanto huella.

Anduvo el día por la inculta selva,
Ignorante y perdido en su camino,
Ni sabe si prosiga, ó si se vuelva
De aquel su comenzado desatino:
Camina y anda, y mientras mas se enselva,
Menos guía le queda y menos tino,
Y menos gusto en ver cuan mal segura
Hacia los suyos sale la ventura.

Como el gañan que la alquilada yunta,
Con que el seco rastrojo desvolvía,
Perdida le dejó la corva punta,
Que entre los surcos mas que el sol lucia:
Falto de aliento, la color difunta,
De cerro en cerro busca todo el día,
Tal el descaminado Ferraguto
Trastornando quebradas va sin fruto.

El sol entre las nubes del Poniente,
Aunque con tibios rayos dilataba
La misma sombra que calladamente
De su errado camino le avisaba:
Cuando yendo á enmendarlo vió presente,
Donde un collado á un monte se humillaba,
De un castillo la torre al cielo junta
Las nubes taladrando con su punta.

Vuelve la rienda, y para allá camina,
Deseoso de saber donde se halla,
Y en tanto que anda mas menos atina,
Sin camino, sin senda, ni encontralla:
Pica el caballo, y corre á su mohina,
Que la piensa huir yendo á alcanzalla,
Juzgando de la torre si la mira,
Que él se está quedo, ó que ella se retira.

Perdió tras este afán lo que del día
Hurtar le pudo al enriscado monte,
Hasta que el soplo de la noche fria
Todo el oro barrió del horizonte:
Que sin trillada senda ni otra guía
Los pasos le pusieron de Clarionte:
A las grabadas puertas del castillo,
Llamando en duda si querrán abrillo.

Cuando al hueco balcon de una ventana
Su fiero aspecto descubrió un gigante,
La barba y cara denegrida y cana,
Al coloso de Rodas semejante:
Y en ronca voz, aunque con habla humana,
Alegre haciendo el áspero semblante,
La causa pide á su venida incierta,
Y por favor le manda abrir la puerta.

Entró el moro arrogante, aunque con miedo
De algun fingido trato peligroso,
Que del gigante y su primer denuedo
Cualquier término honrado es sospechoso:
Cuando en los anchos patios bello enredo
De damas se mostró en tropel hermoso,
Que á recibirlo salen, y á librallo
De las pesadas armas y el caballo.

Admirado de ver la hermosura,
Y del castillo las pinturas varias,
Que á pesar lucen de la noche obscura
A cuenta de mil claras luminarias:
Puesto el cuidado en la primer figura
Que á la ventana vió, cosas contrarias
Al sentido parecen verdadero
Lo que ahora mira, y lo que vió primero.